



Hay dos mundos conviviendo en éste. Grosso modo corresponden a quienes nunca saldremos del siglo anterior y a los que se han hecho al presente o bien han nacido con él o en sus proximidades. Este último mundo, ya preponderante, más pronto que tarde de manera absolutista, lo componen los individuos que Antonio Manilla, en su esclarecedor ensayo de título homónimo publicado por La Huerta Grande denomina 'ciberadaptados'.

A veces retirarse del mundo, que en sentido estricto deja de existir como tal, es necesario al venir obligado por la pérdida de un ser querido. Con él, muere también el tiempo, al esfumarse toda esperanza, cualquier forma de alegría enfocada hacia el futuro. Es lo que le sucedió al escritor austríaco Wolfgang Hermann, lo que cuenta, mediante breves capítulos introspectivos, en 'Despedida

que no cesa' (Periférica). Así resume esa sensación de agujero negro definitivo: «La vida es un fluido. Hay que sostenerlo en equilibrio porque, al derramarlo, se escurre y desaparece».

Es una narración que sorprende, por no estar volcada, como es común, hacia afuera, sino hacia los adentros, lo que le confiere un carácter de confesión brutal, sin ambages y, al tiempo, catártico; y por estar pautada por una prosa lírica, muy decantada, diríase incluso que medida, presente ya desde el arranque, que percibe la sutil gradación de la luz desde el verano hasta el invierno.

Además de poética, es escalofriante, desde que rememora, diez años después, enfrentándose cara a cara al deceso letal del olvido, la mañana en que estando solo con él, en la cama a su desnortado hijo adolescente, diecisiete primaveras, tras extrañarle que no se hubiera levantado. Una es-

cena cuya terrible irrealidad, aumentada con la aparición del médico de urgencias y los enfermeros, apelmaza si cabe su dramatismo. Y lo mismo cabría comentar durante el entierro y los días posteriores, no menos angustiosos, hundido en un pozo oscuro, encerrado en su hogar: «una vasija de pena». Gracias a un amigo, una amiga de su hijo y, sobre todo, de su ex pareja y madre del difunto, de la que se separó al poco de tenerlo, intentará salir del duelo, de la nada en que lo sumió la muerte súbita, buscar consuelo en la memoria.

Otra manera sencilla de evadirse del mundo real y del virtual, cada vez más difíciles de distinguir, que además no requiere ni siquiera desplazamiento, es darse a la abstracción pura, a la teología, la metafísica, la hermenéutica o la epistemología, por citar algunas ramas del saber que nos sitúan de inmediato fuera de la actualidad y sus necesidades, sin más ni más y sin

UN ÁNGULO ME BASTA

**FERMÍN
HERRERO**



movernos de casa. Es lo que hace, eso sí, abjurando del ascetismo y refutando el valor de la ontología y sus congéneres, apegándose, hacia la ética, a lo real, al cuerpo, a lo vital, Joan-Carles Mèlich en 'La prosa de la vida' (Fragmenta), continuación de 'La lectura como plegaria', primera entrega de lo que denomina 'Fragmentos filosóficos'.

Las citas, muy bien traídas, ocupan casi la mitad del texto, así que no es de extrañar que el índice onomástico de cierre cuente con una centena de nombres capitales en la historia de las ideas, la literatura -práctica, según él mismo la «filosofía literaria» y en ocasiones llega a la paráfrasis, como con 'Esperando a Godot' de Beckett o 'El castillo' y 'La metamorfosis' de Kafka y otras artes. Dialoga, mejor conversa, con ellos medianamente una especie de aerolitos, por aproximarlos al término que acuñó Carlos Edmundo de Ory, si bien no de orden lírico e intuitivo como los del

gaditano sino en defensa de un «vivir en perspectivas», hacia una apelación ética de primera magnitud.

Los fragmentos persiguen al principio, luego se vuelcan más en la vida, un sentido, pese a que lo sepamos inalcanzable. De tal manera que nos acucian a librarnos del yo y a reconocer y practicar la dependencia del otro, porque los juicios de Mèlich son muy deudores del pensamiento de Lévinas. En ese camino, abarcan multitud de temas: la religión y el amor, el bien y el mal desde lo cotidiano, la educación y su naturaleza verdadera, la democracia y la justicia, la metáfora y el concepto, el tedio y la finitud, la seducción, la voz y la caricia... Tan pronto sorprende y nos deja en suspenso: «al principio no era el verbo sino el adverbio», como, en la misma página concluye taxativo, apuntalando: «el humano es el ser que puede decir no». De lo que se deduce que con frecuencia se re-



LA VIDA RETIRADA

Inmunes al ataque digital

Peregrino solitario
en el Camino
de Santiago.

✦ GABRIEL VILLAMIL



**DESPEDIDA
QUE NO CESA**

Wolfgang Herrmann,
Periférica, 110 pp., 14,50 €.



**LA PROSA
DE LA VIDA**

Joan-Carles Mèlich,
Fragmenta, 118 pp.,
12,90 €.



**ESTAR
NO ESTANDO**

Antonio Moreno,
Pre-textos, 304 pp., 18 €.



**ENTRE ZARZAS
Y ASFALTO**

Alejandro López Andrada,
Berenice, 184 pp., 17,95€.

duce a lo aforístico, con mucho acierto: «la vida es don, prohibición y deseo», si bien algunas sentencias («la barbarie no se encuentra fuera de la civilización sino en su interior») son discutibles, ya que, como a muchas máximas, se les puede dar la vuelta como a un calcetín, lo que escama bastante.

Una de las citas que recoge Mèlich procede de la 'Alicia' de Lewis Carroll: «siempre llegarás a alguna parte si caminas lo bastante». A esa certeza parece haberse acogido Antonio Moreno en 'Estar no estando' (Pre-textos), relato de un peregrinaje, cada etapa un capítulo al que da título su lugar de destino, por tierras extremeñas, siguiendo la Vía de la Plata desde Mérida, la Emerita Augusta, donde inicia con intertextualidad clarinesca el recorrido, hacia el norte, tras tomarse un año sabático como agregado de medias, con el deseo de apartarse del ajeteo laboral y el mundanal ruido, «por luga-

res apartados, sin absolutamente nadie». Aparte de la paleta paisajística y la penetración de su mirada, cobran interés en las páginas los monólogos y las digresiones, así como las impresiones e historias de los pocos lugareños con los que se cruza.

Moreno se encomienda de entrada a un poeta del mirar, C. Simón, a un narrador tramundos, C. Nootebom, y al soneto de Quevedo cuyo primer verso reza: «Retirado en la paz de estos desiertos...». No es mal equipaje de salida, desde luego para este escritor de la estirpe de los andariegos (Hölderlin, Unamuno, Walser, Benjamin... Bashō, a quien invoca varias veces, y, sobre todo, Handke, maestro absoluto en sacarle todo su jugo a las caminatas). En un medido distanciamiento ficcional se refiere siempre a sí mismo en tercera persona, un tanto al modo del periplo alcarreño de Cela, en su caso primero como «el profesor» y después como «el caminante» e inclu-

so «el de la mochila», si bien, en efecto «todo verdadero caminar lleva al despojamiento, a donde ya nadie es nadie».

Creo que hasta los propios extremeños pueden aprender de este viajero alicantino sobre su paisaje y sobre sí mismos, igual que yo he comprendido mejor mi tierra a partir de los escritores que la han recorrido andando y la han dejado escrita, no sólo aborígenes como Avelino Hernández, sino foráneos como Josep Maria Espinàs, Ignacio Sanz o Julio Llamazares, que recuerde ahora. Su prosa, muy bien pauta, serena como su verso, de discurrir apacible, adjetivo exacto y laboriosa llaneza, infunde templanza desde su sosiego reflexivo, transparente un viaje no sólo físico, sino interior, emocional.

Otro poeta, en este caso cordobés, de estilo «limpio y esencial», al decir de Antonio Colinas, Alejandro López Andrada, nos entrega con 'Entre zarzas y asfalto', en la exquisita colección de Berenice

'Contemporáneos', una especie de diario de la emoción salvada día a día, en forma de párrafos de prosa lírica, en el mejor sentido del término. En realidad, son poemas hechos y derechos, con el acierto que caracteriza el quehacer lírico del autor –la primera frase del libro y el arranque de la segunda, como sucede en muchos de los textos, son dos endecasílabos rotundos– y con su tono, entre nostálgico y melancólico, inconfundible, logrado gracias a la es-

**López Andrada
y Antonio Moreno
representan
la pervivencia
del lirismo frente
al cesarismo digital**

plendente adjetivación y al brillante dominio de tropos como metáforas, símiles y sinestesias.

Durante tres estaciones del año –curiosamente, no en orden, y falta la primavera–, se recogen a modo de impromptus de emotiva densidad, mediante la contemplación, la evocación o la remembranza, diversos lugares de la capital y de la comarca de Los Pedroches, escenas y estampas familiares y de su infancia. Abundan, como en toda su obra, los pájaros y los animales bravíos y montaraces, como las liebres o los perdigachos. Pocos escritores españoles han mostrado del campo y de quienes viven sus fatigas en él, una imagen tan auténtica como la que López Andrada ha esparcido a lo largo de su obra novelística, ensayística y lírica. De hecho, nótese la antítesis metonímica del título, que vertebrata el texto, a medio camino entre la ciudad y el pueblo. Ya en el pasaje inicial se contrastan

los semáforos con las zarzas: la pujanza de lo urbano, donde el escritor, aunque lo acepta y canta, se siente ajeno y exiliado, con el abandono del agro, donde encuentra su alma y se conmueve libre y feliz, en paz.

En una entrada que parte de '1984' de George Orwell, Mèlich alerta sobre el panóptico digital, formulación muy de Ricardo Menéndez Salmón, «sistema amable de vigilancia total» en el que estamos inmersos, en el que voluntariamente, advierte, participamos, exponiéndonos motu proprio, «porque la entrega de datos no se produce por coacción sino por deseo y necesidad». L. Andrada y Moreno representan la pervivencia del lirismo frente al cesarismo digital, no parece que estén «infectados», palabra que tomo del modernísimo poemario 'Pertinaz freelance' de Sergio C. Fanjul, accésit del último premio Gil de Biedma, no en vano son poetas. Esperemos que resistan.